

¿Conectados o dominados?/ De netbooks, inclusiones y escuelas /

La digitalización de la inclusión y de la escuela

En el Capitalismo Informacional (que la ideología dominante llama “Sociedad del conocimiento”), las tecnologías digitales e Internet penetran en todas las esferas de la actividad social. Pero, claro, las posibilidades de acceso a esas tecnologías reproducen las asimetrías de etapas previas, o incluso crean algunas novedosas. En ese marco emergen dos problemáticas a las que los Estados intentan dar alguna clase de respuesta. Por un lado, la de la “brecha” o “inclusión digital”: ¿cómo hacer para que los sectores excluidos, particularmente las masas de jóvenes pobres, estén en condiciones de utilizar tecnologías digitales y, oportunamente, de integrarse a un mercado de trabajo informacional? Los centros comunitarios de acceso a las tecnologías digitales, los llamados telecentros o los actuales NAC (Núcleos de Acceso al Conocimiento) configuran ejemplos de iniciativas en este sentido. Pero, por otro lado, están las problemáticas referidas específicamente a las instituciones educativas, a la “digitalización de las escuelas”: ¿cómo hacer que los alumnos, docentes y directivos aprovechen las potencialidades pedagógicas de las tecnologías para mejorar los procesos de enseñanza-aprendizaje? ¿Cómo lograr que la escuela pueda cabalgar sobre la digitalización, en vez de verse arrastrada por ella? Diversas respuestas se han ensayado: los laboratorios audiovisuales o de informática (aulas especialmente equipadas hacia las que se trasladan los alumnos) y las aulas móviles (carritos de computadoras que, inversamente, son llevados a los distintos grados o divisiones) son dos ejemplos bien conocidos.

Ahora bien, en los últimos años se ha vuelto dominante *en las escuelas públicas* una modalidad que responde, simultáneamente, tanto a la cuestión de la inclusión digital como a la de la informacionalización de la escuela. Es la de los llamados “Planes 1 a1”: *programas gubernamentales orientados a la entrega de computadoras portátiles a docentes y alumnos de distintos niveles de la educación formal, con el fin de ser utilizadas tanto dentro de las aulas como fuera de ellas.*

Dos pibes suben al 39 en Constitución, llenos de precariedad. Se sientan y sacan sus netbooks. De algún modo, se conectan a Internet, y cada uno se sumerge en un juego. De tanto en tanto abren otras ventanas, miran la pantalla del amigo, se ríen. El resto de los pasajeros hace alguna cosa con sus celulares. Dos pantallas grandes entre muchas pantallas chiquitas.

El anudamiento de un objetivo social y uno educativo es, a la vez, el rasgo más importante y más riesgoso de esos programas: en el mejor de los casos, con una política pública se puede servir a dos fines igualmente relevantes. Los chicos pobres reciben computadoras, experimentan con las *net* en casa, las visita también algún pariente; en la escuela baja el ausentismo y aumenta el involucramiento, se desarrollan habilidades que dragan las vías de ascenso social, etc. Pero, en el resto de los escenarios, se corre el riesgo de que fracasen ambas vocaciones. La escuela debe lidiar con dinámicas que la exceden y que no está preparada para tramitar; los caminos de la inclusión digital, muchas veces individuales y contingentes, quedan subordinados a las normativas de una institución rígida, lenta y vertical.

Claro, la crisis de la institución escolar es anterior e independiente de los planes 1 a 1. Surge de una contradicción fundamental: *se trata de un dispositivo del capitalismo industrial luchando por sobrevivir en el capitalismo informacional*. Una cadena de ensamblaje de saberes que debe vérselas con piezas autónomas, una pirámide rodeada de redes. Los flujos de información digital, la atención lábil de los alumnos, la erosión de las fronteras entre tiempo productivo y tiempo de ocio inundan las aulas mediante teléfonos celulares y subjetividades, haya o no netbooks en ellas.

Los planes 1 a 1

Notablemente, el devenir de los planes 1 a 1 y el de un segmento de la industria del hardware ha sido completamente interdependiente. En la primera década del nuevo milenio, el MIT (Instituto Tecnológico de Massachussets) promovió el proyecto “Una Laptop por alumno” (OLPC). Su propósito más sonado era el de producir una computadora portátil de USD 100 de costo. Pero también incluía el desarrollo de software libre y contenidos abiertos específicos, dinámicas pedagógicas constructivistas, adaptación a contextos carentes de electricidad e internet, entre otros rasgos. Aunque el precio las máquinas desarrolladas, las XO, encontró un piso de USD 188, su impacto potencial (millones de unidades iban a ser compradas por estados nacionales) fue tal que los grandes fabricantes de hardware se vieron obligados a ofrecer, a los estados y al mercado, computadoras de prestaciones y precios comparables: allí ha de encontrarse el nacimiento de las *netbooks*.

En América Latina, la iniciativa pionera fue la del Plan CEIBAL uruguayo, desde 2007. A partir de entonces, el grueso de los países de la región ha adoptado este tipo de planes, en mayor o menor medida. Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Ecuador, El Salvador, Haití, Honduras, Jamaica, México, Nicaragua, Paraguay, Perú, Trinidad y Tobago, Venezuela también tienen los suyos. Así, se estima que para 2015 los alumnos cubiertos con planes 1 a 1 en la región alcanzarán los 43 millones, cuando en 2010 no llegaban a 3 millones.

Aunque en Argentina hay planes de este tipo a nivel provincial (en CABA, San Luis y la Rioja), es un plan nacional el que recibe, merecidamente, el grueso de la atención. El Programa Conectar Igualdad (PCI) lleva entregadas, desde 2010 a la fecha, 3.3 millones de netbooks a alumnos y docentes de escuelas secundarias públicas de todo el país. Tomando este indicador -o cualquier otro-, se trata del plan más ambicioso en su especie no sólo de la región, sino del mundo.

La plata

El colectivo está repleto ahora. Una jubilada se acerca a los pibes, esperando que le cedan el asiento. Ellos no registran su vocación, ni su rumiar disconforme. Un universitario deja su lugar, aprestándose para bajar, y la señora interpreta la abdicación como un guiño secreto. Ya desde el trono hila la idea, buscando complicidad en su benefactor: no los educan, no les enseñan valores, sólo les compran esas máquinas que los estupidizan. Y con la plata del ANSES, encima, con la plata de mi jubilación. A vos te parece. Contra todo pronóstico, las palabras viejas riman con las palabras jóvenes. Lo que pasa es que primero hay que resolver las necesidades básicas, ¿para qué les sirven las computadoras en la casa si no tienen ropa ni gas? dice el aspirante a sociólogo.

Al menos hay dos objeciones acerca del manejo de recursos del PCI. La más genérica rechaza la idea misma de invertir fondos públicos en netbooks: la inclusión digital sólo debería considerarse luego de resolver las carencias materiales de la población. Si la adjetivación “gorila” tiene alguna utilidad conceptual, ésta es la de caracterizar a esta clase de razonamientos, nietos no reconocidos de positivismo liberales o socialistas. ¿No conducen, al fin, a sugerir la suspensión de toda ingesta cultural hasta que el asfalto llegue a cada barrio? Más importante, los estudios del mercado de trabajo indican que la inclusión digital será, es cada vez más, una condición necesaria, aunque no suficiente, para una inclusión social que no dependa de la asistencia del Estado. La otra objeción, relativa al origen de los fondos, tiene bases mucho más sólidas. La utilización del dinero de la ANSES (en lugar de afectar otras partidas o, por caso, gravar, la renta financiera) invita al desacuerdo. No obstante, de ello no deben sacarse conclusiones apresuradas: el gasto total del PCI representa menos del 10% del total de las jubilaciones y pensiones.

Los problemas

Las netbooks, con sus pibes, bajan del 39 y llegan a la escuela. Permanecerán en las mochilas y sólo harán salidas fugaces en los recreos y en alguna clase. Se sienten miradas con deseo impúdico por los pibes cuyas máquinas no andan, y con una mezcla de desinterés y desconfianza por los profesores. Sólo los referentes tecnológicos las entienden, pero la mayoría está lejos de quererlas.

Por primera vez en la historia de la humanidad, los púberes y adolescentes son mucho más hábiles que los adultos en el manejo de las tecnologías más relevantes de su época. (Por ejemplo, un documento evaluativo del propio PCI señala que el 50% de los alumnos enseñó a sus padres a utilizar las nets). Esta es, al fin y al cabo, la razón de que planes como el Conectar Igualdad representen una amenaza, un asalto a la ciudadela del saber/poder de los docentes. Todo el dispositivo pedagógico en el que el grueso de éstos fue formado es simplemente incompatible con el asedio a la autoridad cognitiva al alcance del googleo, con la imposibilidad de ejercer un control eficaz de los flujos comunicacionales en el aula. Peor aún, para participar de este juego en el que correrán con desventajas, los docentes habrían de reconvertirse y de diseñar nuevas actividades, con pocos incentivos a la vista, al menos hoy. Pero no se trata de una aversión conservadora a las tecnologías digitales, sino de un temor a su uso en las aulas. Así, un trabajo del Centro de Estudios de Políticas Públicas muestra que un 80% de los docentes usa diariamente las nets en su casa, pero sólo el 10% lo hace en la escuela.

A su vez, los problemas estrictamente técnicos, como la falta de conectividad y las nets que no funcionan, son usuales. Es al calor de estas dificultades que se corporeizan los representantes de Internet en la tierra, nuevos obispos del dispositivo escolar. Ellos son los “referentes tecnológicos” o los “administradores de redes”, que resuelven, orientan o deciden que se deben enderezar los rezos a alguna instancia superior. En suma, la reticencia de una porción de los docentes y las limitaciones técnicas resultan en que menos de un tercio de los alumnos lleven las net al colegio todos los días, de acuerdo a un estudio de la UBA.

Con todo, hay que evitar cierto fetichismo tecnológico consistente en asumir que las máquinas y el PCI son una y la misma cosa. Por el contrario, forzando un poco las cosas,

hasta podría apuntarse que las netbooks, en sí mismas (su hardware, sus costos unitarios), son el aspecto *menos* polémico del plan. Las penas y glorias del PCI descansan en gran medida, por lo pronto, en el torbellino de softwares y contenidos que orbitan en torno suyo.

El software

En el software se aprecia hasta qué punto el PCI es un territorio en disputa. Las net vienen con dos sistemas operativos instalados: Windows (sistema privativo, cerrado e inalterable, por el que el estado paga licencias) y Linux (“software libre”, que puede ser modificado y copiado sin restricciones). Esta fue, evidentemente, una solución de compromiso. De un lado, la mayor empresa de software del mundo, con su poder de lobby, sus auspicios y ofertas. De otro, un software libre unánimemente considerado más eficiente en términos técnicos, más seguro, más adaptable y apoyado por cuanta asociación de programadores y activistas haya; pero con un grado de conocimiento (aun por parte de los referentes tecnológicos) y de penetración en el aparato productivo muy bajos. Lo que está en juego no es, en modo alguno, una cuestión de costos o relativa al corto plazo. *Se trata de una disputa relativa al control de los estándares del software, del principal medio de producción de la presente etapa. Por la magnitud del programa, el resultado de la contienda tendrá, más pronto que tarde, consecuencias relevantes para el entramado productivo argentino –cada vez más informacionalizado–.*

Si bien la inclusión de ambos sistemas sólo se logró luego de laboriosas gestiones de los partidarios de Linux, fue vista por varios actores como un triunfo de Microsoft. Entre ellos, Richard Stallman, front man del movimiento del software libre, nominó al programa como “Conectar Maldad” por optar por el doble booteo. Es cierto que, aunque las netbooks piden al usuario que decida qué sistema operativo quiere utilizar, por defecto se inician con Windows. Más aun, en un contexto en el que la experiencia previa imanta a docentes y alumnos hacia el software privativo, la presencia de Linux parece haber resultado más bien marginal. No obstante, el panorama está cambiando. En septiembre se presentó Huayra, una versión de GNU/Linux desarrollada local y específicamente para el PCI. Y en las nuevas cohortes de nets, el sistema de arranque por defecto será Huayra, pese a que Windows se seguirá manteniendo. Esta modificación, que puede percibirse como una ínfima variación en la pantalla de inicio, es un gran paso hacia una producción cognitiva menos dependiente de los humores del capital.

Naturalmente, además de sistemas operativos, el PCI involucra otros programas: se estima que hay unas 25.000 aplicaciones disponibles en las máquinas y diversos portales. No es un hecho menor que la aplastante mayoría de ellos sean software libre, y que unos cuantos hayan sido creados específicamente para el plan. Entre ellos hay al menos dos tipos: los que buscan mejorar la adquisición de contenidos escolares analógicos (particularmente los de las ciencias exactas y naturales) y los que intentan maridar los intereses de los jóvenes con potencialidades del mercado laboral futuro (software de diseño, animación, creación de juegos y programación). Los segundos, claro, son mucho más atractivos que los primeros.

La joven profesora de matemáticas, tan entusiasta como exigente, lucha por superar el rechazo que siente de parte de sus alumnos. En la clase de hoy está incorporando por primera vez *GeoGebra*, un software que le recomendaron en una capacitación, y con el que se ha ido fascinando. Los pibes del 39 también están fascinados, pero con un video de animación que hicieron otros compañeros. Aunque el wi-fi no llega al aula, el archivo se ha desparramado secretamente gracias a *IPTux*, una aplicación que comunica a las nets sin necesidad de conexión a Internet. La breve animación en 3D está hecha con otro soft del PCI, *Blender*, y muestra una escena de comercio carnal entre figuras que se asemejan a las de la docente y algunos alumnos.

Los contenidos

Los contenidos vinculados de uno u otro modo al PCI son innumerables. Cada uno de ellos está clasificado en función del tipo de usuario al que va dirigido: alumnos, docentes, familias, directivos y referentes tecnológicos. Y se hallan en las propias nets, en la página del PCI o en el portal Educ.ar (del Ministerio de Educación). Para docentes y alumnos, los ejes son más o menos similares: en primer lugar, “actividades” (o “secuencias” y “recorridos” desde el punto de vista docente). Previsiblemente, están organizadas por materias, y buscan apuntalar la tarea escolar, los contenidos de la educación formal. Luego, hay videos y animaciones, esto es, contenidos audiovisuales. Por ejemplo, los desarrollados por canal Encuentro u otras usinas estatales. También hay bibliotecas digitales, que incluyen desde manuales para diversas materias hasta textos de literatura. Tanto en los audiovisuales como en las bibliotecas hay una convivencia pacífica de los instrumentos del auxilio escolar con los de la educación informal, con contenidos que van a la caza del tiempo de ocio. Finalmente, se encuentra la oferta de “cursos”: tutoriales para la auto-instrucción. En el otro extremo de las actividades, éstos representan un potente enclave de la educación no formal. La comparación de la oferta de estos cursos virtuales para docentes y alumnos brinda un indicador involuntario de la mentada subversión de las asimetrías cognitivas escolares: mientras a los primeros se les enseñan hojas de cálculo y procesadores de textos, a los segundos se les ofrecen varios niveles de lenguajes de programación, diseño web y producción audiovisual.

Pero más allá de los contenidos auspiciados por el PCI, las nuevas nets incluyen un cambio relevante: la posibilidad de sintonizar directamente (sin pasar por internet) la veintena de canales de la Televisión Digital Abierta. No se trata de algunos contenidos seleccionados de Encuentro y Paka Paka, sino de ver América, DeporTV, etc. Considerando el elevadísimo grado de penetración de la televisión en los hogares de los sectores populares, abrir otra boca para el entretenimiento ramplón resulta al menos discutible.

En síntesis, al igual que en el caso del software se mantiene la tensión fundante del PCI. De un lado, la intención de amigar a los alumnos con los contenidos propalados por el dispositivo escolar. De otro, la vocación de la inclusión social: la invitación al aprendizaje de habilidades útiles para la inserción en el mercado laboral (a través de la educación no formal) o la difusión de ciertas producciones culturales.

Los usos

Ya de vuelta en sus hogares, los pibes del 39 descargan música, la editan, graban alguna voz adicional. No están a favor ni en contra de la propiedad intelectual: sencillamente ignoran su existencia. Desde hace algunos meses vienen pasando temas en fiestas de amigos, personalizando las listas. Crecientemente, empiezan a cobrar por su trabajo como DJ's, y ya fantasean con comprar parlantes y computadoras más poderosas.

Pese a que en un universo tan grande y dinámico la heterogeneidad es la norma y cualquier precisión envejece pronto, parece haber hoy dos tipos de usos de las nets. Los vinculados a la dinámica escolar dependen, claro, del estímulo docente. Los más ejemplos principales refieren al uso del procesador de textos, esto es, a la digitalización de los apuntes; a la búsqueda de información en Internet; a la realización de trabajos grupales y al contacto con otros compañeros y docentes a través del correo electrónico. El carácter sencillo de las herramientas informáticas involucradas no debiera opacar el potencial disruptivo y transformador de esos usos. Los exámenes digitales circulan a una velocidad astronómica; el contacto por correo (o Facebook) con los docentes difumina la otrora sagrada barrera entre tiempos de ocio y trabajo; la producción colaborativa mediada por tecnologías digitales modifica la forma en que se elaboran las tareas, pero también los roles y las dinámicas grupales. Por su parte, los usos de la miríada de contenidos y software educativos mencionados más arriba son más bien limitados, y parecen ser muy dependientes de la iniciativa docente.

En cambio, los usos extraescolares empiezan por las redes sociales, principalmente Facebook. Le siguen descargar o consumir on-line música, juegos y videos. La edición de contenidos, principalmente fotos, también es relevante. Por fin, hay una gran variedad de usos que cuentan con una baja extensión cuantitativa, pero que pueden tener un impacto relevante a futuro. Son los que implican transformar a la net en un medio de producción: hacer páginas web, vender compilados de videos, hacer tareas de (proto) diseño gráfico, etc. En otras palabras, parece haber un potencial para que el PCI habilite el camino hacia el mercado de trabajo, pero no necesariamente bajo las normas y la dirección que la concepción analógica y disciplinaria del mundo esperaba.

El futuro

Las celebraciones y las críticas del programa, especialmente las que transcurren en la epidermis mediática, han forjado un consenso. Un consenso entre kirchneristas y antikirchneristas, tan improbable como desafortunado: el futuro del PCI está sellado desde su origen. Determinado por quienes lo concibieron, a quiénes lo vivimos sólo nos resta aplaudirlo o denostarlo. Sin embargo, una de las pocas lecciones de los estudios sociales de la ciencia y la tecnología consiste en que todas las tecnologías son maleables, resignificables por los usuarios. Más aún, las tecnologías digitales presentan esa indeterminación en grado extremo. Y si bien los juicios más serios deberán esperar algunos años, una hipótesis puede aventurarse. Buena parte de los resultados del torbellino de softwares, contenidos, datos, portales, routers, antenas, capacitaciones, valores, modelos organizacionales, mecanismos de poder, normas y actores sociales que el PCI ha puesto en movimiento será tan ajena a las planificaciones estatales como a las profecías agoreras.